

AUSENCIA DE PARTICIPACIÓN Y MARGINACIÓN COMO FORMA DE VIDA. MUJERES RURALES EN CHIAPAS (MÉXICO)

Inés Castro Apreza
Claudia Molinari Medina¹

RESUMEN

En este trabajo se presentan resultados de la etnografía realizada con un equipo de jóvenes en tres regiones del estado de Chiapas, a saber, Frailesca, Centro y Costa. Está basado en una investigación sobre el impacto de la crisis económica entre las familias más pobres y marginadas de la entidad, centrándose en las mujeres que han adquirido un fuerte rol protagónico en las luchas por la supervivencia organizada de la familia. Si la familia extensa juega un papel de observatorio de las normatividades de género, reconocemos que en estas circunstancias actuales varias de éstas se ponen en cuestión, entre paréntesis, sin que sepamos bien hacia dónde conducen los cambios. Pone de relevancia los efectos de la crisis económica entre familias campesinas y pesqueras, pero también en las estrategias diversas que las mujeres desarrollan para hacer frente a la crisis global.

PALABRAS CLAVE: Mujeres rurales marginadas, agencia femenina rural, estrategias de supervivencia, género y feminismo.

ABSTRACT

This article analyzes the ethnographic results carried out in three regions of the state of Chiapas, in México. It is based on research on the impact of the economic crisis among the poorest and marginalized families, focusing on women who have acquired a strong leading role in the struggles for the survival of the family. We identify that the extended family plays a role as an observatory on gender norms, but also that under these circumstances those roles are being contested, and it is difficult to know where these changes will lead us. We analyze the effects of the economic crisis among peasant and fishing families, as well as the strategies women can develop to cope with the global crisis.

KEYWORDS: marginalized rural women, female agency, economic strategies of survival, gender, feminism.

INTRODUCCIÓN

Una crisis civilizatoria afecta de diferentes maneras a todos los países y a todas las personas del orbe. En Chiapas, en el sureste de México, esta desestabilización de Estado, a la que muchos autores llaman la crisis económica global, con



la apertura paralela al mercado internacional, ya desde 1988 ha devastado paulatinamente la pesca y la agricultura, situación que ha repercutido directamente en la vida de los productores campesinos y pescadores, cada día más depauperados. Los pueblos y las comunidades, las familias y las mujeres, han hecho frente a esta pérdida de su capacidad productiva y reproductiva, buscando nuevas alternativas en sus lugares de origen, han incrementado el proceso migratorio en medio de grandes riesgos y en una medida sin precedente en la historia, y hoy por hoy comienzan a probar con las economías ilegales. Sus identidades tradicionales se transculturaron y podría pensarse que los hombres y las mujeres dedicados al campo y a la mar son hoy una especie en extinción.

En este contexto, nosotras enfocamos la lente analítica en sectores marginados de la sociedad, en tres regiones de Chiapas: Centro, Costa y Frailesca. Durante 2010 y parte de 2011 realizamos una búsqueda etnográfica en localidades clasificadas oficialmente como *marginales*, para conocer sus maneras de hacer frente a la desestabilización y la crisis civilizatoria. Ahí conversamos y convivimos con mujeres; específicamente mujeres a cargo de un núcleo familiar. Nos concentramos así en familias campesinas y pesqueras y resultó evidente el importante rol reproductor y protagónico de las mujeres dentro del ámbito familiar. De hecho, la familia nuclear y extensa resulta la institución más relevante en la dinámica social para hacer frente a la grave crisis económica y productiva que afecta con particular intensidad a estos sectores de la población. La primera afectación, o quizá la más severa, es la falta de alimento, el hambre y la sustitución de la dieta tradicional basada en la milpa por productos industrializados sin ningún valor alimenticio.

¿Hay algo de nuevo en todo esto? La institución familiar es básica en la organización social de las tres regiones estudiadas. En todos los casos, ciertamente, encontramos que las madres juegan un papel determinante en la reproducción de sus propias familias. Es decir, la marginación produce familias cohesionadas a partir de la mujer. Nuestra investigación reveló que, en este contexto de crisis de producción agropesquera, corre a cargo de las mujeres-madres-esposas² la reproducción o, como preferimos llamarla, la supervivencia organizada de la institución familiar. Nuestro hallazgo principal ha sido precisamente éste: la marginación es una forma de vida para las mujeres más pobres de Chiapas; porque no es posible escapar a ésta, ya que es, como decíamos antiguamente, condición del sistema capitalista actual. Además, la ausencia de tradición participativa en estas regiones, en comparación con el resto del estado donde diferentes actores sociales han incidido para generar procesos organizativos diversos, forma parte de dicha marginación y constituye un factor que contribuye a reproducir la misma.

¹ Inés Castro Apreza es doctora en sociología política e investigadora del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas; Claudia Molinaria es doctora en antropología y profesora de la Facultad de Sociales en la Universidad Autónoma de Chiapas.

² M. LAGARDE, *Los Cautiverios de las mujeres*. México: UNAM, 1990.

La principal red de apoyo para sortear la crisis es así la familia, que, lejos de desintegrarse, se cohesionan aun más, pero bajo la dirección y responsabilidad de la madre y ya no del padre, como en el modelo anterior a dicha crisis. El hecho de que sean las *madresposas* —término de Marcela Lagarde— quienes cargan con la responsabilidad de la reproducción familiar, como una estrategia natural para sortear la crisis, al tiempo que ellas se encuentran excluidas de los espacios económicos dominantes, implica tomar en cuenta aspectos de la economía que no se encuentran necesariamente dentro del ámbito del mercado y el trabajo asalariado. Otras categorías de análisis se hacen indispensables, como el de *la economía de cuidado*.

1. LAS REGIONES, EL OBJETO-SUJETO DE INVESTIGACIÓN Y LAS FUENTES

Las reflexiones generales que aquí presentamos se han elaborado sobre la base de los resultados de un proyecto de investigación colectivo, realizado entre 2009 y 2011³, acerca de la problemática y la incidencia de la crisis económica en un sector específico de la población regional, el femenino, en una posición específica, la de marginación que nosotras abordamos de manera integral. El problema de investigación fue identificar cómo, en un contexto de crisis global, viven y enfrentan esta condición social de marginación las mujeres habitantes de localidades con alta o muy alta marginación de la Costa, el Centro y la Frailesca, regiones clasificadas por el Consejo Nacional de Población (CONAPO) como marginales. La investigación tomó como referencia la regionalización político-administrativa del estado de Chiapas de los años ochenta del siglo xx, de manera que tenemos los resultados de tres de un total de nueve regiones⁴. No pretendemos hablar de «representatividad» alguna, sino tan sólo de los hallazgos de nuestras diligencias, en las que privilegiamos el enfoque etnográfico, es decir, un método de construcción del conocimiento de la antropología, que implica contacto y acuerdo; un discurso construido a partir de las diversas entrevistas a mujeres, autoridades y otros actores de las zonas mencionadas. Al compartir así con las personas, particularmente con las mujeres, escuchamos historias, reconocimos los trazos de la memoria, vivencias diversas que recogimos

³ Estas reflexiones son de corte antropológico y etnográfico y son resultado del proyecto titulado «Incidencia de la crisis global en la situación, posición y participación de las mujeres marginales en Chiapas», auspiciado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), en el año 2009, en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas. La investigación fue co-coordinada por Mercedes Olivera Bustamante, Inés Castro Apreza y Teresa Ramos, investigadoras todas del CESMECA- UNICACH.

⁴ En febrero de 2011 el Congreso del estado aprobó la nueva regionalización de la entidad, con lo que pasamos de nueve regiones (Altos, Norte, Selva, Sierra, Centro, Costa, Frailesca, Soconusco y Fronteriza) a quince (I Metropolitana, II Valles Zoque, III Mezcalapa, IV De los Llanos, V Altos Tsotsil-Tseltal, VI Frailesca, VII De los Bosques, VIII Norte, IX Istmo Costa, X Soconusco, XI Sierra Mariscal, XII Selva Lacandona, XIII Maya, IX Tulijá- Tzeltal Chol y XV Meseta Comiteca Tojolabal).



en cuadernos de campo y grabadoras. No faltaron las tragedias cotidianas y los sufrimientos compartidos en medio de ese ir y venir.

Sobre las tres regiones enfocadas importa subrayar que hay varios denominadores comunes entre ellas: que no han sido prácticamente contemplados en las investigaciones de mujeres y género, pero tampoco en el marco general de los estudios antropológicos e históricos en Chiapas. Cuáles son las razones de tan escaso interés académico, es una pregunta que puede tener como respuesta aproximada el hecho de que su población no es predominantemente indígena, si bien los zoques se concentran en varios municipios de la zona Centro. Otra razón puede ser que estas regiones «mestizas» de Chiapas han tenido una historia poco o nada «rebelde» en comparación con las regiones indígenas. Su población no necesariamente tiene una tradición comunitaria que genere participación y lógicas de organización, experiencia mucho más frecuente entre los pueblos originarios de las zonas Altos, Selva y Norte. Ciertamente, son zonas en las cuales no se ha presentado un movimiento colectivo relevante, excepto el de Venustiano Carranza, municipio del Centro, con la Organización Campesina Emiliano Zapata que ahí tuvo su cuna en los años ochenta del siglo xx⁵. Otro importante y peculiar movimiento de maiceros se desarrolló en la Frailesca en el año de 1995. Los campesinos estaban inquietos ante el hecho de que el precio de garantía del maíz iba a bajar, cuando normalmente subía; los insumos habían subido al doble de precio y los productores estaban presionados ante la imposibilidad de comercializar su maíz. Cuando el movimiento comenzó a configurarse, todos los líderes provenían de la Confederación Nacional Campesina (CNC), con una trayectoria en la lucha social pero dentro de la *oficialidad del régimen priista* (encabezado por el Partido Revolucionario Institucional, PRI, que gobernó la vida pública de México por más de setenta años ininterrumpidos. Al poco tiempo, muchos lograron desvincularse de la Confederación y abrirse paso de modo independiente. El movimiento cobra fuerza, pero es sofocado con el asesinato de su principal líder, Rubicel Ruiz Gamboa, en el año de 1995. La energía del movimiento se disipa o se encauza por la vertiente electoral en un contexto de derrocamiento del PRI⁶ y mayor competencia electoral.

Lo que es cierto es que, en las tres zonas mencionadas, ni el levantamiento armado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en enero de 1994, ni el movimiento neozapatista que inspiró, fueron de inmediato interés para la población de la que nos ocupamos. La resistencia civil de principios de los años noventa por el alto costo de la luz eléctrica en los recibos de los hogares tiene una historia importante en la Costa y derivaría, más recientemente, en un movimiento social sumado a *La Otra Campaña* zapatista. Nada de ello, no obstante, se compara con la intensidad de la movilización y la organización impulsadas en las otras regiones

⁵ N. HARVEY, *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*. México: Era, 2000; y M.C. RENARD, *Los llanos en llamas: San Bartolomé, Chiapas*. México: Universidad de Chapingo, 1998.

⁶ D. CAMACHO VELÁSQUEZ, *La lucha sigue y sigue: organización popular en la Frailesca*. México: UNAM-PROIMMSE, 2008.

de la entidad desde el histórico Congreso Indígena de 1974, por no hablar de las sublevaciones indígenas de 1712 y 1869, acontecimientos en los que, evidentemente, participaron mujeres, a veces de manera silenciosa y otras de manera protagónica.

Consideramos así que la escasa o nula experiencia en las regiones del Centro la Costa y la Frailesca de Chiapas, desde la perspectiva de su participación y organización socio-política, contribuye a acentuar la marginación como forma de vida; y en el contexto actual, una y otra se refuerzan mutuamente.

2. CONOCIMIENTO SITUADO, GÉNERO Y FEMINISMOS. LAS MUJERES DE LA INVESTIGACIÓN

Es ya común en el estado de Chiapas *posicionarse* como estudiosas de lo social desde el inicio de cualquier presentación de los resultados de nuestras investigaciones. Lo mismo responde al hecho de ubicarnos en una entidad con larga tradición contestataria por parte de los movimientos y organizaciones sociales, cuyos procesos han sido recogidos ampliamente en la academia «tomando partido» a favor de los mismos ⁷, y en particular, en el marco de un proceso organizativo como el del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) que incluyó en los primeros años una visibilización notable de la participación femenina indígena que, por qué no decirlo así, alentó esperanzas de cambio en las comunidades entre nosotras las académicas. Una lectura atenta a toda la literatura académica producida en los primeros cinco años desde aquel evento histórico tendría que destacar estos ánimos, esta inclinación que nos marcó a toda una generación, de modo determinante, la letra impresa y pública.

Desde entonces, ha sido necesario explicitar desde dónde hablamos. Interesadas en los estudios de género y las teorías feministas, hablamos, ante todo, desde aquí. Así, en diversas obras hemos citado a Donna Haraway para expresarnos desde el *conocimiento situado* que propone. Nos interesa particularmente la vida de las mujeres y si éstas son pobres, indígenas, campesinas, discriminadas por el sistema educativo y social, nos ocupamos mucho más en ellas. La elección del sujeto de estudio es clara en tal sentido y nos ha llevado a adoptar lo que antes tomábamos como la «triple opresión» de las mujeres: por ser mujeres, por ser pobres y por ser indígenas, y que ahora observamos desde la perspectiva de la interseccionalidad. Frente a la visión animada desde los años ochenta del siglo pasado desde la Antropología —en los trabajos de la teórica feminista Marcela Lagarde— nos aproximamos desde los

⁷ Esta tendencia en la academia se acentuó a partir de enero de 1994, a la luz del levantamiento armado público del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), creando incluso una honda fisura de larga duración entre quienes han apoyado a dicha organización armada y quienes no lo han hecho. Quienes apoyan al EZLN no han dudado incluso en «vetar» académicamente las contribuciones analíticas de quienes no lo han apoyado, y viceversa. Ameritaría una investigación por sí misma ver los resultados de este posicionamiento político a favor y en contra en la construcción del conocimiento y en las mismas redes sociales académicas.

años noventa con la categoría de género que nos ayudó largamente a observar las desigualdades entre hombres y mujeres, pero también entre las mismas mujeres, no desde la victimización sino desde la comprensión de que muchas de aquellas son construcciones sociales a partir de las diferencias biológicas. En el contexto mexicano consideramos que Marta Lamas es seguramente la teórica feminista que, actualmente, está aportando ideas y debates sobre el género y la diferencia sexual entendida desde el psicoanálisis, las teorías feministas y la relevancia que puede tener el concepto de *embodiment* de Csordas y de *habitus* de Bourdieu, una lectura de Judith Butler y sus influencias, entre otras cuestiones relevantes para seguir pensando las relaciones desiguales en las sociedades⁸. Nos hemos nutrido así de sus enseñanzas y hemos seguido algunos de los avatares teóricos que nos ha planteado desde los años noventa. El contexto en el que hicimos la investigación ya estaba permeado, además, por toda una corriente latinoamericana o proveniente de otras partes del mundo que abogaba por un pensamiento decolonial que igualmente impactó nuestras miradas⁹.

La investigación se asumió explícitamente como feminista en virtud del interés nuestro por la transformación social de las relaciones de género en sus aspectos más duros, tales como la división sexual del trabajo o los estereotipos y las simbolizaciones de los cuerpos femeninos, así como frente a los grandes temas de la maternidad y la paternidad concebidos tradicionalmente. Esta investigación apuntaba a dicha transformación, eso creíamos al menos, y fue una apuesta en tal sentido. Así lo discutimos en las grandes asambleas colectivas con la participación de quince a veinte personas, la mayoría mujeres, conducidas por las co-coordinadoras del proyecto de investigación. Dichas asambleas contaron siempre con la presencia y la participación de todas y cada una de las investigadoras asociadas (once, una por cada una de las nueve regiones del estado, más dos que co-coordinaron la Fraileasca y el Soconusco) y las ayudantes de investigación. Creíamos además, evidentemente, en la horizontalidad en el ámbito académico, en una relación distinta docencia/alumnado, investigación/sujetos de estudio¹⁰.

En esa misma línea, nos parece necesario e importante resaltar que, desde el inicio, la investigación se concibió por las co-coordinadoras de la misma como una investigación participativa, en la que el trabajo directo con mujeres organizadas fuese uno de los comunes denominadores en todas las zonas. Mujeres unidas en torno a un trabajo colectivo, a una común participación social, económica, política, cultu-

⁸ L.LAMAS, *Cuerpo, Sexo y Política*. México: Editorial Océano, 2014.

⁹ Ch.T. MOHANTY, «De vuelta a 'Bajo los de Occidente': la solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalistas», en Paulette DIETERLEN (ed.), *La pobreza: un estudio filosófico*, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, Fondo de Cultura Económica, México, 2008 (2003) y «Bajo los ojos de Occidente: academia feminista y discursos coloniales», en Liliana Suárez Naváez y Rosalva Aída Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*, Madrid: Cátedra, Universitat de Valencia- Instituto de la Mujer, 2008 (1984).

¹⁰ Ameritaría un análisis por aparte esta iniciativa en particular de cara a la construcción del conocimiento social, vista a través de algunos de sus resultados y no tanto por la idea- fuerza que la impulsó, esto es, la «horizontalidad» en la toma de decisiones en la academia.



ral, etc., con quienes pudiese desarrollarse el proyecto de investigación y a quienes pudiésemos fortalecer de alguna manera en los mismos procesos organizativos en los que estaban involucradas y en la formulación de sus específicas demandas. Todo ello a través de la investigación misma. Cuánto logramos este objetivo dependió en buena medida de la propia capacidad organizativa de las mujeres en cada zona o región, algo que encontramos de modo desigual y diferenciado en virtud de trayectorias históricas regionales marcadas por el contacto, o no, de las iglesias cristianas —particularmente la católica, pero también otras—, el trabajo de las grandes organizaciones campesinas —o la ausencia del mismo— forjadas en los años ochenta del siglo pasado al calor de luchas y movilizaciones políticas intensas, y el trabajo de incidencia política de las asociaciones civiles u organismos no gubernamentales, así como el mismo trabajo de las instituciones gubernamentales en comunidades y poblaciones, el cual ha tenido un papel relevante en los procesos sociales de la entidad. No dependió solamente de nosotras como estudiosas de lo social y feministas. Nuestras regiones en particular adolecieron de buenos resultados en tal sentido porque partimos «de cero», por las razones ya mencionadas.

Con esto último, reconocemos que precisamente estas tres regiones tenían poco que ofrecer en términos de grupos de mujeres organizadas. En la Frailesca trabajamos con jóvenes universitarias que contactamos a través de redes escolares; en la Centro lo hicimos con jóvenes menores de edad de familias campesinas organizadas en la OCEZ y habitantes de uno de los ejidos clasificados como «marginados» (Paso Achiote, Chiapa de Corzo); y en la zona Costa logramos formar un grupo con jóvenes con estudios de preparatoria y/o universitarios, gracias al apoyo de quienes estaban al frente del Instituto Municipal de la Mujer en el municipio de Tonalá. Al plantearse de tal modo la investigación participativa, nos dimos pronto a la tarea de estas búsquedas y contamos, por fortuna, con la buena disposición y el buen ánimo de las jóvenes con quienes trabajamos. El resultado se preveía desde el inicio: el involucramiento de las jóvenes generaba conocimiento, un cierto nivel de compromiso con las mujeres en las comunidades y los ejidos, entusiasmo y hasta diversión fuera de serie o poco común, como en la Centro; pero fundamentalmente era visto como algo temporal, algo que les generaba un cierto ingreso (las encuestas se pagaron), también pasajero.

Quizá el principal logro, pero en este caso no sólo con nuestra investigación sino sobre todo con la influencia continua de asesoras del Frente Nacional de Lucha por el Socialismo (FNLS), fue haber sensibilizado a las familias campesinas respecto de la participación de las mujeres en una organización que ha contado con la misma, sin llegar a hacer el reconocimiento social interno sobre su importancia¹¹. Como las otras organizaciones campesinas formadas en los años ochenta del siglo pasado en Chiapas y en otros estados del país, la OCEZ contó siempre con una movilización significativa de mujeres cabeza de familia, pero su visibilización ha sido tardía, cuando no marcada por fuertes estereotipos como las mujeres «que hacen frente al Ejército y

¹¹ M.C. RENARD, *op. cit.*.



a la policía» en los bloqueos de carreteras y que defienden sus comunidades con sus propios cuerpos, pequeños, morenos, a veces con trajes tradicionales. Anna Garza y Sonia Toledo han documentado todo ello en dos trabajos indispensables¹² para entender la condición de género de las mujeres campesinas pertenecientes a estas y otras organizaciones sociales, y también la idealización y estereotipación que de ellas hace la prensa y la investigación académica misma.

En nuestra investigación nos negamos a ver a las mujeres como sujetos de estudio meramente e intentamos involucrarlas en un nivel que posibilitara una retroalimentación continua a través de la reflexión colectiva sobre el proyecto, la implementación de encuestas, la realización de entrevistas a profundidad, la discusión sobre los resultados. Todo ello se hizo tanto en encuentros informales muchas veces sostenidos, como, sobre todo, en talleres diseñados *ex profeso*. En los talleres, la llamada *carta descriptiva* para este instrumento centraba mucho el interés en poder recuperar el conocimiento de las propias mujeres respecto de sus condiciones materiales de vida y un entorno caracterizado por desigualdades de género y clase social. Su mirada específica de la situación de los ejidos y de la condición de género de las mujeres entrevistadas o encuestadas, resultó crucial para la construcción del conocimiento.

Por otra parte, y a través de estos encuentros y talleres, las jornadas diarias de las mujeres que, como en otras zonas, comienza desde las 4 o 5 de la mañana y se cierra a las nueve o diez de la noche, nos ofreció información sobre los roles de género que se reproducen de generación en generación y que solo frente a fenómenos como el migratorio y el de la mayor escolaridad femenina tiende a ponerse en cuestión y a transformarse, sin que sepamos todavía hacia dónde caminan los cambios. En la Costa implementamos, asimismo, un cuestionario entre las jóvenes participantes que las llevara a reflexionar sobre los cambios y las continuidades entre generaciones, tomando como referencia la condición de ellas, como hijas, sus madres y sus abuelas. Pensar esta condición de manera relacional lo dimos por hecho. Los indicadores centrales fueron la escolaridad, la edad de casamiento, el número de hijos, el trabajo doméstico impago dentro del hogar y el trabajo remunerado fuera de casa. Este mecanismo ayudó sobre todo a la reflexión de las mismas jóvenes, quienes habían escuchado la palabra «género» —a través de las pláticas que se implementan con el programa Oportunidades—, asumiéndola simplemente como diferencias «femeninas» y «masculinas». Camino por el cual la naturalización de las diferencias y las desigualdades era el resultado. Es decir, la incorporación de la categoría de género no garantiza *per se* su mejor uso ni mucho menos sus resultados.

Finalmente, cabe añadir que en la zona Centro iniciamos un proceso de recuperación de la memoria del ejido de Paso Achioté —sede del trabajo de investigación participativa— a través de testimonios de algunos de los principales liderazgos

¹² A.M. GARZA CALIGARIS y S. TOLEDO, «Mujeres, agrarismo y militancia. Chiapas en la década de los ochenta», en Maya Lorena PÉREZ RUIZ, *Tejiendo historias. Tierra, género y poder en Chiapas*, Col. Científica, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004.

masculinos, lo que ayudó a ver la propia condición de las mujeres cabeza de familia desde una perspectiva histórica. Este trabajo quedó inconcluso, desafortunadamente, pero esperamos volver en algún momento para intentar hacer/escribir *otra historia*, narrada —y por qué no— escrita por y a través de las voces femeninas fundadoras del ejido en los años ochenta del siglo pasado.

3. MARGINACIÓN: DE INDICADOR CUANTITATIVO A CONDICIÓN DE IMPOSIBILIDAD PARA INCORPORARSE AL ORDEN ECONÓMICO

México es uno de los países más afectados por la crisis global del capitalismo, ya que su relación comercial y de dependencia política con Estados Unidos lo pone en una situación de suma vulnerabilidad, al punto de que algunos analistas especulan que la economía que más va a decrecer en el mundo durante los próximos años es precisamente la economía mexicana.

El papel que jugó México dentro del modelo económico mundial después de la segunda guerra mundial fue de proveedor de recursos para América del norte. Algunos estados del sur de la República, entre ellos Chiapas, se especializaron en la producción de bienes agrícolas y de materias primas para el abasto nacional. Estos países agropecuarios pronto llegaron a conocerse como la «periferia», pues su función era la de cumplir el papel de abastecedores de materias primas para el desarrollo de la industria (preferentemente instalada en el norte de la república mexicana) con alimentos baratos. Bajo este modelo, en menos de dos décadas México perdió su soberanía alimentaria y comenzó a ser dependiente cada vez más de las importaciones de alimentos, situación que se agravó en la década de los noventa cuando la crisis agropecuaria se agudizó. Esta década es igualmente la de la crisis del café y la de los inicios de la crisis pesquera. En el marco de la liberalización comercial, el maíz, especialmente el que se producía en las zonas rurales del país como la Frailesca —nombrada en otro tiempo *el granero de México*—, es uno de los cultivos más afectados. La consecuencia es que hoy en día México es deficitario y dependiente de las importaciones de un producto que es imprescindible en la dieta de la gran mayoría de los mexicanos.

¿Qué entendemos por marginación? La margen es la orilla, lo marginal es lo que está fuera del centro y no puede acceder a éste. El concepto mismo nos remite a un modelo social en el que hay un campo de poder al que no todos los sujetos tienen acceso. La marginación es entonces el acto de mantener en la orilla del sistema económico dominante a ciertos sectores sociales, a los que en consecuencia, se denomina como *marginados*. El acto es necesariamente realizado por varias personas colocadas en distintas posiciones. Es la forma en la que ciertos sectores sociales se integran a la dinámica del mercado y logran sobrevivir y reproducirse, transfiriendo a los dueños de los recursos parte de su fuerza de trabajo o mercancías producidas a cambio de una subsistencia tolerada y a veces hasta subsidiada. La marginación, como una forma de exclusión, es así resultado de relaciones de dominación y distribución inequitativa de la riqueza social; para que unos tengan, otros no pueden ni deben

tener. La marginación no significa necesariamente pobreza, pero en el contexto de la crisis global los tradicionalmente marginados se ven vulnerados y empobrecidos económica, política y culturalmente; para el caso de Chiapas, la población definida como marginada se encuentra invariablemente en condición de pobreza y viceversa. Entre las mujeres, la marginación afecta su propia condición de género.

El Estado mexicano le da a la marginación el estatus de una categoría estadística. Bajo esta lógica, el fenómeno de la marginación social es cuestión de indicadores, estándares de vida y nivel de ingresos. El Consejo Nacional de Población (CONAPO) define la marginación de este modo: es «un fenómeno estructural al desarrollo que se expresa en la dificultad para propagar el progreso técnico en la estructura productiva y en la exclusión de grupos sociales del proceso de desarrollo y el disfrute de sus beneficios». A pesar de que el CONAPO reconoce que el fenómeno de la marginación expone a estos grupos a privaciones, riesgos y vulnerabilidades, no explica o no da cuenta de las causas que propician la marginación de ciertos sectores sociales. Aun así, bajo la perspectiva del CONAPO es incluso posible *combatir* la marginación. ¿Cómo? Primero resulta necesario medir la marginación para, posteriormente, planificar el desarrollo de los grupos marginados y ejecutar y planear políticas públicas que modifiquen estos resultados.

Los datos sobre poblaciones marginales en México, elaborados por el CONAPO bajo esta perspectiva de administración del desarrollo, son casi los únicos con los que contamos para establecer modelos y comparaciones entre los distintos municipios y regiones del país a nivel nacional, a partir de categorías como el *índice de marginación*. El índice de marginación es una medida-resumen que permite a los estadistas diferenciar entidades federativas y municipios según el impacto global de las carencias que padece la población, como falta de acceso a la educación, la residencia en viviendas inadecuadas (sin drenaje, sin agua potable, sin electricidad), la percepción de ingresos monetarios insuficientes y la residencia en localidades pequeñas. Con esta lógica de clasificación, encontramos que Chiapas es el tercer estado más marginal de la república mexicana, con altos índices de analfabetismo, desnutrición y fuertes carencias materiales entre sus pobladores.

Nosotras partimos de la premisa de que la marginación social es un fenómeno de exclusión que el mismo sistema capitalista fue desarrollando con grupos humanos, pueblos y sujetos que manifestaron poca capacidad de adaptación al mercado, muchas veces lucharon por evitarlo, pero que, sin embargo, terminaron por integrarse y son parte del capitalismo. Su situación, por tanto, es precaria y se acentúa en función del género, la pertenencia étnica y la clase social; premisa que, como ya afirmamos con anterioridad, es particularmente acertada para las y los campesinos mesoamericanos.

Ciertamente, sectores sociales que han sido marginados tradicionalmente del sistema capitalista son los campesinos, los indígenas y las mujeres. Otros grupos marginados en las últimas décadas son los migrantes económicos, los desplazados o los sujetos que no tienen domicilio; y también las mujeres que migran cada vez más para los cuidados transfronterizos. Esta marginación no significa que dichos sectores no participan de la economía de mercado, sino que lo hacen de manera poco conveniente para ellos mismos: a costa de producir fuerza de trabajo o mercancías baratas



para el mercado dominante, asumiendo al interior del grupo muchos de los costos de esa reproducción (subsidiando involuntariamente al proceso productivo global). Sin embargo, este margen respecto de la economía dominante les ha permitido a los campesinos, a los indígenas y a las mujeres cierta autonomía relativa en ámbitos domésticos, culturales o productivos.

Esta relativa autonomía, paradójicamente derivada de la marginalidad, fue ejercida con distinta intensidad en las regiones étnicas de México desde la época de la independencia, y posibilitó la subsistencia de pueblos étnicos de origen lingüístico pre-colonial con su riquísimo aporte cultural a la sociedad mexicana entera. No obstante, como consecuencia de la política asistencialista del Estado mexicano, de la política corporativa y clientelar, así como de la política etnocida, los grupos y pueblos originarios de México han perdido autonomía. No ignoramos, paralelamente, el ejercicio del poder y el dominio en la época precolombina, como tampoco pasamos por alto las asimetrías de poder político y riqueza económica en función de la edad y el género hoy prevaletentes en las comunidades indígenas y, en alguna medida, en las campesinas «mestizas». Reconocemos, además, que las crisis agrícola y global han llevado a campesinos, mujeres e indígenas a la pérdida de su relativa autonomía, desarrollando mayor dependencia hacia el dinero como medio prioritario de intercambio, perdiendo espacios de reproducción económica como la tierra y perdiendo capacidad de reproducción cultural, o vendiendo como mercancía su herencia y patrimonio cultural.

En las localidades estudiadas encontramos ciertas constantes en los modos de vida de sus pobladores. Estas constantes son la economía agrícola campesina, y, en su caso (la Costa), la producción pesquera, la organización ejidal o comunitaria, así como pobres condiciones materiales de existencia, aunque también una gran riqueza cultural e histórica poco explorada hasta ahora¹³. Una primera conclusión apunta a la idea de que la población se encuentra en condición de marginación no sólo por la carencia de servicios e ingresos suficientes, sino porque su actividad económica fundamental, la economía agropecuaria o la pesca, se encuentra en crisis, desde hace por lo menos dos décadas como ya señalamos y, además, en el caso de la primera es ya disfuncional al nuevo orden mundial. La crisis global parece afectar de manera irreversible la capacidad productiva disminuyendo, al mismo tiempo, las posibilidades y potencialidades de sus productores para integrarse al mercado. Entonces, la marginación no es un mero asunto de indicadores de carencia material, sino una situación de imposibilidad para que personas y pueblos se integren al orden económico mundial en términos ya no digamos de competencia, sino con oportunidades reales de superar la propia condición. Y poder hacerlo en condiciones dignas.

¹³ En el municipio de Tonalá, en la Costa, por ejemplo, encontramos veinte sitios arqueológicos prácticamente inexplorados, excepción hecha de la llamada *iglesia vieja*. El arqueólogo amateur Ricardo López Vasallo nos proporcionó un mapa elaborado por él mismo sobre la ubicación precisa de tales sitios, además de narrarnos historias diversas al respecto.



4. DE OPORTUNIDADES Y OTRAS MANERAS DE COMBATIR LA MARGINACIÓN

En nuestra investigación encontramos que, sobre todo en la última década, los programas asistencialistas orientados a esta población pretenden desorganizarla políticamente y controlarla mediante dádivas que, en los hechos, representan la posibilidad de sobrevivir, y que, sin duda, la hacen más dependiente de los programas asistencialistas del Estado y del dinero.

En los hechos, el gobierno mexicano se ausenta cada vez más de la dinámica económica y social de los pueblos; decrecen los apoyos a la producción agrícola y aumentan los recursos para instituciones policiacas o militares. Quizá el único programa gubernamental que ha mantenido constancia es el llamado *Oportunidades*: «*Gracias a Dios mi esposa tiene el programa de Oportunidades*». Dicho programa del gobierno federal, implementado en todos los estados del país, representa para estos grupos marginados un apoyo casi necesario para la subsistencia diaria. No se trata, sin embargo, de un apoyo para la producción, sino un subsidio a la pobreza que permite a sus implementadores mantener un control casi total de la vida de las familias, a través del vínculo con la madre, incentivando la práctica del consumo. Dicho programa consiste en un ingreso económico bimensual mínimo de setecientos cuarenta pesos para cada mujer participante.

Etiquetados los dineros: cien pesos para el gas, otro tanto para el servicio de electricidad, se vigila que se gaste en alimentación o en mercancías específicas. «Cuando llega *Oportunidades*, ya se debe todo», dicen las mujeres. Las tiendas de abarrotes en las localidades se benefician del mismo programa porque las mujeres y sus familias viven «de fiado». No está claro si en este contexto se generan prácticas externas a dicho programa que buscan sustraer ese dinero, el mismo día que las mujeres lo reciben, a través del consumo obligado de una bolsa de productos básicos que se oferta; no obstante, hemos encontrado esta experiencia en algún caso.

Oportunidades ha realizado la detección de un gran número de pobladores con diabetes y cáncer; no es difícil suponer que el aumento tan dramático en las cifras de enfermos de *diabetes mellitus* en México durante los últimos años, provenga de este registro entre sectores económicamente débiles de la población. Este aumento en el número de diabéticos es un buen indicador del cambio de dieta entre las familias campesinas, de un consumo de productos agropecuarios a mercancías y alimentos industrializados sin valor nutritivo, que repercuten en el aumento de peso y la mala calidad de vida. Este programa prohíbe, además, la cría de cerdos en el espacio doméstico, por considerar la práctica como insalubre, pero al tiempo limita las posibilidades alimenticias de la población y la obliga a la compra de mercancías de nula calidad nutricional.

Por otro lado, si los hijos no asisten a la escuela o las mujeres no se hacen las revisiones médicas obligatorias o no asisten a las reuniones del programa, el apoyo se les retira. Algunos servicios como la electricidad pueden ser condicionados también a la permanencia dentro del programa.

Asimismo, la estructura del programa *Oportunidades* establece una permanente evaluación de las beneficiarias, e implica la organización de las mujeres en



vocales de vigilancia, educación, salud y alimentación. Encontramos que algunas mujeres han escuchado vagamente cuestiones de «género», lo cual nos hizo imaginar las grandes posibilidades de transformación social a través de programas públicos que crucen a lo ancho y largo del territorio nacional, con personas al frente de los mismos que desde luego estén capacitadas adecuadamente. Sin embargo, básicamente, el programa brinda capacitaciones obligatorias a todas las receptoras, las cuales implican la transmisión de una ideología específica sustentada en valores individualistas de progreso personal y de conformidad con el orden establecido. «*En las capacitaciones no nos enseñan a ser rebeldes, sino a defendernos*», dijo un grupo de mujeres. Nos sorprendimos ante las reflexiones de las mujeres que referían su involucramiento en las actividades de dicho programa cuando preguntamos sobre las formas organizativas existentes en sus localidades. Es decir, si en estas zonas estudiadas hay poca tradición participativa —no sólo entre las mujeres— la implementación de este programa parece haber alimentado entre ellas la idea de formas participativas y organizativas reales y alternativas para hacer frente a la pobreza.

Reconocemos, no obstante, que no en todos los casos programas como *Oportunidades* genera desmovilización y dependencia, como se ha difundido entre ciertos sectores de la entidad. En la zona Centro encontramos un caso en el que la participación en una organización política es todavía un capital social importante que fortalece a colectividades pequeñas, más allá de que sus integrantes reciban programas asistencialistas (como el mencionado, o bien como el Procampo para los campesinos). En este contexto, reconocemos asimismo la agencia de las mujeres para intentar superar su situación en condiciones bastante difíciles y complejas.

Los efectos sociales de dicho programa a largo plazo aun no se conocen y hacen falta estudios sociales al respecto. Sin embargo, es posible advertir que dicho programa incide estructuralmente en el estilo de vida de las receptoras. En términos prácticos, el recurso proveniente del programa no consigue por sí solo solucionar las apremiantes necesidades familiares de los grupos marginados, aunque es, en todo caso, un apoyo percibido por ellas como indispensable.

Y algo muy importante respecto de los programas asistencialistas es que, entre la población de la tercera edad, resultan ser vitales, ya que una de las constantes que encontramos es la soledad de mujeres ancianas —desde la perspectiva de la supervivencia— y el desamparo en el que viven parejas de ancianos. En la zona Centro encontramos dos casos de éstos y reconocimos que las ayudas financieras por simbólicas que sean —cantidades de dinero ínfimas— constituyen un medio de vida y un modo de vida porque les permite adquirir algunos productos y revenderlos en pequeñas tiendas montadas al interior del domicilio propio. Es posible que sus ventas sean mínimas, pero igualmente nos habla de una agencia importante de los sujetos, tanto como de una vida en los márgenes que sin programas asistencialistas no sería siquiera posible.



5. MUJERES RURALES: LA MARGINACIÓN COMO FORMA DE VIDA

En estos espacios donde la producción agrícola está presente, la tierra es un elemento organizador de la vida social, y las personas se posicionan en torno a ella y determinan en alguna medida su condición. En el caso de las mujeres, al no ser propietarias de la tierra, no tendrán oportunidad de participar socialmente en la vida organizativa de la localidad, lo que, a su vez, impactará negativamente en su desarrollo y autonomía. Éste es un importante factor de marginación en las mujeres. Mantienen una relación estrecha con la economía agrícola de carácter campesino, pero no son ellas las propietarias de la poca tierra de su familia. Y si bien en muchos casos sí realizan las labores agrícolas, no se reconocen a sí mismas como sujetas de derecho con respecto a la tierra y es poco común que lo hagan como «campesinas», ejidatarias o comuneras. La única posibilidad de poseer la tierra es en la situación de viudez, pero aún así es el hijo varón mayor el que realmente tiene el derecho de propiedad y el que, en consecuencia, participa en las asambleas. De manera que si las asambleas ejidales y comunales constituyen un medio de socialización política y aprendizaje continuo, las mujeres están fuera de esta posibilidad.

La tierra es fuente de derecho; y, si es verdad que ha cambiado mucho el campo y que éste ya no es un medio estructurador de la vida comunitaria toda, sí lo es para la ciudadanización en este micronivel. En otras palabras: las mujeres no son ciudadanas dentro de su núcleo social; no tienen derechos ni, aparentemente, obligaciones en torno a la tierra. La construcción de ciudadanía no pasa por las mujeres.

Pese a ello, en las casas que visitamos y las familias con las que hablamos, los sujetos que buscan e idean estrategias diversas para la supervivencia son casi invariablemente mujeres, lo que nos permite reconocerles una agencia importante. Las mujeres entrevistadas tienen la impresión de que ahora todo es más difícil, especialmente asegurarse el alimento diario, así como la producción y comercialización del maíz; en el caso de la Costa, la producción pesquera.

Hay una percepción de pérdida de valores relativos al trabajo en el campo junto con un abandono de los programas de apoyo al campesino desde el gobierno; en la Costa es reveladora esta frase pronunciada por una mujer dedicada a la pesca: «el mar ya no quiere dar más»...

Antes se comía más fácil, ahora ya no, todo está muy caro, está más difícil, ha cambiado mucho. Nosotros que trabajamos el campo estamos amolados, ahora todo se compra, hay necesidad de lujosos aparatos, televisores. Los tiempos cambian, ahora queremos tener de todo, antes con que tuvieras frijoles, tortillas, unos pollos y puercos con eso sobrevivías, ahora ya no lo permiten tenerlo porque contamina, según la doctora de *Oportunidades*...

Con la ayuda de Dios la vamos pasando. A veces hay, a veces no hay.

Además de que la marginación afecta a diferentes grupos sociales, las mujeres de familias campesinas han sido marginadas al interior de su grupo por el simple hecho de ser mujeres y tener la responsabilidad exclusiva/obligación de cuidadoras de lo interno.

En las zonas rurales de Chiapas, los roles masculino y femenino están bien delimitados; difícilmente hay cruces de fronteras o traslapes de roles. Investigaciones realizadas en zonas indígenas nos muestran que son las viudas o las solteras, en todo caso, quienes llegan a alcanzar posiciones de liderazgo y a trascender, no sin dificultades, normas y estereotipos. Fuera de tales excepciones, mientras que los hombres son responsables del trabajo en la parcela y de la relación con el mundo exterior, las mujeres lo son del ámbito doméstico, de la elaboración de los alimentos y del mantenimiento de la cohesión interna.

Frente a la carencia y crisis económica, las mujeres diversifican sus actividades con un alto costo físico y emocional; aun así, para ellas es siempre menos dramático si la familia tiene tierra propia y la cultiva, ya que esto les asegura contar con maíz y frijol como medios de supervivencia mínimos.

En particular, las mujeres cabeza de familia que son viudas, solteras o con esposos que han migrado al interior del país o al extranjero (Estados Unidos), tendrán que ver no sólo con la alimentación diaria y los cuidados generales, sino también con las estrategias para generar recursos o ingresos propios. En el contacto con las mujeres encontramos una situación propia de su condición marital, que ellas mismas enuncian y que, socialmente, pronuncia su marginación dentro de la comunidad: *dejada*; término que adoptamos porque representa la manera en cómo vive la mujer la separación del hombre de la familia y, sin duda, el modo en que ella es vista por la sociedad regional. Las *dejadas* llevan el estigma social en la frente...

En efecto, en el mundo simbólico de la sociedad rural chiapaneca, las mujeres parecen tener menor reconocimiento social que los varones, aun cuando su presencia es de vital importancia dentro del medio familiar. Los hombres son un recurso prestigiador, es decir, «tener un marido», «estar casada», dota a la mujer de una identidad legítima, mientras que ser *la otra*, o sea, la amante o la mujer no oficial, la coloca en situación de desventaja frente a quienes sí están casadas «con todas las de la ley». Al hombre se le puede ver positivamente como el «macho», mientras que a la mujer se la califica negativamente con las imágenes y los estereotipos de la «mujer pública». En un caso encontramos que tanto el hombre como la mujer que cometieron adulterio fueron expulsados del ejido en que vivían, bajo unas normas estrictas de obediencia y lealtad vigiladas por la comunidad a través de la asamblea masculina. Sin embargo, suelen ser las mujeres las repudiadas socialmente.

La condición pública de estas mujeres está en función siempre del tipo de relación que establecen con el hombre polígamo. Entonces, las posiciones que pueden ocupar las mujeres y por las que compiten se estructuran en relación a un varón y este hecho incide necesariamente en su condición de marginadas, ya no sólo de la economía, sino al interior de la sociedad regional, porque carecen de autonomía y de la posibilidad de construir dicha autonomía.

«Perder» al hombre significa que la mujer debe comenzar a tomar todas las decisiones económicas y adquirir nuevas responsabilidades; las obliga a transformarse y, en el mediano plazo, puede llevarlas a percibirse a sí mismas



con un valor agregado, ya que el hecho de «haberse levantado», de «haber salido adelante», las conduce a aprender el valor de la independencia y la fortaleza de ánimo. Pueden acostumbrarse a estar solas, como dicen ellas, y luego ya no quieren volver a casarse o juntarse.

Las mujeres campesinas permanecen en una condición de marginación múltiple, en principio en tanto pertenecientes a sectores agropecuarios o pesqueros relegados de la posibilidad de integración al orden neoliberal de la economía mundial y, secundariamente, pero no de menor importancia, al interior de sus familias.

En las familias, las mujeres no sólo tienen la responsabilidad exclusiva del *cuidado*, sino que permanecen excluidas de dos campos estructurantes: la educación formal y el trabajo remunerado. La falta de educación las mantiene ancladas a la institución familiar, al tiempo que su necesidad de mantener a flote a su familia les resta tiempo y potencialidad para capacitarse y adquirir alguna fuente de ingresos suficiente para su auto reproducción.

La mayoría de las mujeres que conocimos están casadas o vinculadas a un varón o a la familia de un varón, todas tienen hijos y muchas no fueron nunca a la escuela. Estudiar después de la secundaria es imposible para ellas; en esta etapa de su vida invariablemente se casan, tienen hijos desde los 15 años o aun antes. La imposibilidad de estudiar se justifica además en la escasez de dinero y el alto costo —relativamente— del transporte público necesario para acceder a la secundaria o preparatoria, ubicadas en las cabeceras municipales u otras comunidades que no son la propia. Tendencialmente, y siempre que puedan hacerlo, las familias brindan sus recursos a los varones para estudios posteriores a la educación primaria.

Para las mujeres jóvenes la idea de estudiar la secundaria significa la posibilidad de construir otra identidad fuera de su localidad o región, pero tampoco son muy alentadas o apoyadas por sus familias para continuar los estudios: «es mujer», frase que sentencia el ser y el destino de una niña y una adolescente en el campo. Ser mujer es casarse y tener hijos/jas, dedicarse a la familia y su cuidado general; es consagrarse al espacio privado.

Cuando está presente la posibilidad de ir a la escuela, parece haber una tensión discursiva entre ir a la escuela y permanecer en casa. Acudir a las instituciones educativas representa la posibilidad de salir del ámbito doméstico, mientras que no estudiar sólo significa asumir el rol de madre y esposa, implica quedarse y tomar grandes responsabilidades respecto de la reproducción de los miembros de la familia. De hecho, las mujeres difícilmente se imaginan viviendo fuera de su ámbito familiar. Ellas se asumen como las responsables de mantener unida y activa a su familia, aun si el hombre falla o se ausenta. Es posible que esta necesidad de pertenencia y organización familiar se deba, en su origen, a su condición campesina, pero está cruzada con el género, sin duda alguna. ¿Qué es una mujer? Está definido de antemano con roles, imaginarios, estereotipos y fines específicos. Una vez que contrae nupcias o une su vida a otro hombre, la familia extensa es una especie de *observatorio de las normatividades de género* incluso cuando el hombre está ausente por la migración.



6. ¿CÓMO SOBREVIVEN LAS MUJERES MARGINADAS?

Hemos afirmado que la marginación es una forma de exclusión, intrínseca al sistema de producción capitalista. ¿Cómo sobreviven las mujeres marginadas y sus familias? Larissa Lomnitz realizó un estudio pionero clásico en esta temática con un enfoque de redes sociales: *Cómo sobreviven los marginados* (1975). Lomnitz concibe la marginalidad como un proceso que desemboca en una desvinculación de una parte de la población respecto del sistema económico industrial urbano. La autora realiza su investigación en un barrio en el sur de la ciudad de México, y advierte que la marginación no puede reducirse a un asunto de ingreso o a ciertos indicadores. Su tesis fundamental es que las redes de intercambio recíproco constituyen el mecanismo de supervivencia básico del colectivo marginado. Migrantes del campo a la ciudad constituyen agrupaciones por parentesco y vecindad y, con ello, integran una comunidad que permite a los marginados obtener bienes, servicios y apoyo social, que, de otra manera, tienen vedado. Los marginados sobreviven entonces al agruparse como un conglomerado de redes de intercambio que basa su funcionamiento en normas de reciprocidad y de confianza.

Bajo este mismo enfoque de redes sugerido por Lomnitz, encontramos en las regiones estudiadas una dinámica social que basa en los lazos familiares las posibilidades de supervivencia frente a la marginalidad y la crisis económica. Es decir, la familia opera como un colectivo que garantiza a sus miembros una reproducción social, que pese a los programas gubernamentales existentes no está resuelta ni por el Estado ni por ninguna otra instancia. Dentro de la institución familiar, el rol de la mujer, estructurado a partir de las identidades de madre y de esposa, resulta de vital importancia. A este rol femenino y subordinado lo hemos comparado con el de un órgano vital, en el sentido biológico, en tanto que su función primordial es mantener la cohesión y continuidad familiar. Es decir, las *madresposas* no podrían existir sin la familia, pero tampoco la familia, como institución y colectivo, podría mantenerse sin la acción protagónica y estructurante de estas mujeres. No es extraño, por tanto, que para estas mujeres la familia suela serlo *todo*, es decir, que ellas se definan a sí mismas en función de la familia, y difícilmente en función de ellas mismas.

La familia, a su vez, se encuentra articulada con otro colectivo más amplio, el de la organización territorial productiva, que puede ser un ejido o una comunidad. Es a partir de los lazos familiares que se puebla la tierra y sobre la base de la propiedad de ésta se participa en la organización ejidal o comunal. El ejemplo de los hombres que migran y de las mujeres que asumen la responsabilidad de participar en las asambleas y conservar sus derechos ilustra este hecho. El ejido es una forma de colectivo que insiste en permanecer por encima de todo, en particular frente a las reformas salinistas a la Constitución Política en torno a la propiedad de la tierra y del impulso estatal a programas como PROCEDA, que fomenten el cambio en la propiedad de la tierra a manos de particulares. En muchos casos, encontramos que se permanece como ejidatarios o comuneros y se mantiene la Asamblea como principal órgano decisorio.

Interesa subrayar, por otra parte, que una importante forma de colectivo que opera como red de intercambio recíproco son las religiones cristófilas, cuyo desarrollo en la entidad, y en estas zonas en particular, ha sido exponencial. Algunas mujeres



tienen cargos o responsabilidades en estas congregaciones; para ellas su participación en la estructura del culto religioso es su única razón para salir del espacio doméstico, lo que representa una fuerte motivación para integrarse a dicho culto. Es posible que la creciente conversión a estas religiones mantenga una estrecha relación con la necesidad que tienen las personas de superar la crisis que desestabiliza su vida y su familia. La crisis global —agropecuaria y pesquera, en particular— tiene expresiones e impactos dentro del espacio familiar como la desintegración o fragmentación de las identidades tradicionales, el alcoholismo de algunos varones, el aumento en los índices de violencia intrafamiliar, la pérdida de valores relativos al trabajo en el campo y la vida rural, así como el incremento en la tensión emocional, el desgaste físico y la enfermedad de las mujeres. De tal suerte, estos colectivos religiosos operan en los feligreses regenerando la cohesión familiar, reconstruyendo las identidades de los individuos al dotarlos del sentido de «los elegidos de Dios», y proporcionándoles esquemas discursivos con los cuales repensar y explicarse su difícil situación, al tiempo que les permite acceder a bienes y relaciones de apoyo mutuo.

Es llamativo que en muchos lugares haya más mujeres que hombres entre las personas adscritas a estas asociaciones religiosas, mientras que hay más hombres que mujeres que no pertenecen a ninguna religión. *Algo* encuentran las mujeres.

Cabe resaltar en este sentido que Chiapas es, de hecho, el estado con mayor población protestante después de Tabasco. La región Costa, primero, y Fraylesca y Centro después fueron cuna de la iglesia del Nazareno. En Tonalá nació en 1903 y luego se expandió hacia otros municipios: Arriaga (1908), Villaflores (1923), Cintalapa (1944) y Tuxtla Gutiérrez (1945) (Somosa, 2012: 61).

La grave situación económica que afecta a las familias marginadas pudiera ser enfrentada entonces mediante la configuración de redes de ayuda mutua como las congregaciones religiosas de corte cristófilo conversionista. La participación reconocida como tal entre las mujeres entrevistadas y encuestadas es común que se reduzca a ello (como también se reduce a su involucramiento en el programa *Oportunidades*). Ya vimos que las posibilidades de organización no son muchas, aunque, ciertamente, la transformación de las relaciones de género se dé en algún grado a través del involucramiento de las mujeres y sus familias en estas religiones, ya que el consumo del alcohol entre los hombres se reduce y, con ello, la violencia contra las mujeres y los pequeños.

Para la gran mayoría de las mujeres jóvenes que forman parte de las familias marginadas, permanecer dentro de su hogar es su única opción. Así se las ve socialmente y así aprenden ellas a verse a sí mismas: nuevamente, no tener una historia propia de organización y participación, no tener contacto con grupos sociales que contribuyan a abrir ventanas organizativas de diversa índole, refuerza los estereotipos genéricos y atrapa a las jóvenes en los márgenes previamente establecidos y en el círculo de la marginación, sólo por el hecho de ser mujeres. Si la participación y organización permite a mujeres de otras regiones, al menos en algún grado, resignificar el hecho de ser mujer, se entiende que estas otras habitantes no tengan esa posibilidad.

Ciertamente, en la unidad doméstica campesina cada integrante cumple un rol preciso y funcional a la reproducción del grupo y ningún individuo es viable por sí solo, sino que se encuentra en dependencia y relación permanente con otros



individuos miembros de un colectivo mayor, en este caso la familia. Sin embargo, también es verdad que mientras que los hombres pueden optar por migrar, volver o no a sus localidades de origen, las mujeres se ven enlazadas a la familia. Encontramos, no obstante, una explicación plausible que liga la economía y el género: esta intensa necesidad de mantener los lazos familiares a pesar de todo puede deberse a la misma marginalidad, que obliga a los afectados a estrechar los lazos y las redes de reciprocidad e impone a la mujer esta vital responsabilidad respecto de su familia.

La preocupación más constante de las mujeres marginales es la alimentación diaria de sus hijos; sobre todo cuando éstos son pequeños se piensa invariablemente en qué van a comer y cuánto van a gastar. Consideran que una vez sorteada esa necesidad, lo demás es menos prioritario. Establecen una relación directa entre dinero y comida, cada peso que adquieren tiene que estar muy cuidado; el dinero es lo que necesitan para dar de comer a su familia y es de lo que carecen, de tal suerte que administrarlo bien es algo que hacen cada día. Encontramos mujeres a las que frente a la pregunta de: «¿qué comerá hoy la familia?» respondieron: «vamos a ver si ponen las gallinas». Gallinas cuando se tienen, y hay que ver todavía si ponen huevos...Para ellas, quizá no haya pregunta cotidiana más importante que ésta, y sus energías se concentran para dar las respuestas prácticas necesarias.

Sobre la alimentación y la dieta diaria habría que apuntar que no todo es chatarra: la misma crisis económica ha reforzado la recurrencia a plantas comestibles de los alrededores y de la caza de animales como el tepezcuintle, el venado, la iguana, entre otros, que se ha incrementado y extendido. Mantienen huertos familiares de patio. La buena producción de mango en la Costa permite a las mujeres asarlo como si se tratase de carne, por ejemplo. En esta región, la caída en la producción pesquera permite al menos contar, de vez en cuando, con pescadillos de diez a quince centímetros para comerlos fritos o en caldo. Los árboles frutales son, en todas las regiones del estado, un recurso adicional: en la zona Centro, el tamarindo se puede vender; en la Costa, el mango también se vende en las carreteras y, como apuntamos, se puede asar. Un pequeño espacio dentro de su solar, esto es, de su casa, es aprovechado para el cultivo de verduras, como la calabaza. Así, los llamados caldos pueden presentar sabores variados. El *pozol*, cuando se siembra maíz, es infaltable por lo demás, al lado de las tortillas, sean hechas a mano o compradas en las tortillerías públicas: el consumo de éstas es parte de la dieta entre la población rural. Hasta el café en la noche puede acompañarse de pedazos de tortillas dentro: los sectores pobres de la población en todo el mundo tienen estrategias diversas para llenar sus estómagos vacíos. En fin: comida difícilmente falta: la mujer se encarga de esto y es frecuente que esta obligación tan apremiante le signifique a las madres un alto nivel de ansiedad.

A la economía del cuidado de la que son ellas responsables, habría que sumar ahora las estrategias diversas a las que recurren las mujeres para generar ingresos económicos propios destinados, invariablemente, al sustento familiar. Encontramos, al respecto, la producción de alimentos caseros que se venden en los mismos hogares, a pedido o de modo constante; la atención en pequeñas tiendas de abarrotes, la venta de productos por catálogo, el tejido y la costura de prendas de vestir o mantelillos, entre otras. Esta estrategia es bastante socorrida en contextos donde las mujeres no



pueden o no quieren deshacerse de las labores domésticas, el cuidado de los hijos e hijas y de los adultos de la tercera edad, ya que trabajar remuneradamente dentro del hogar, por poco que se gane, mantiene el faro de la atención familiar.

Finalmente, estas mujeres fincan sus esperanzas de cambio en sus hijos, a quienes, en la medida de sus estrechas posibilidades intentan brindar educación y sustento para evitarles la condición social que viven y el gran sufrimiento que ellas padecen. Los hijos estudian, pero luego no necesariamente consiguen trabajo de su oficio; un poco aporta la hija con la venta de productos por catálogo, un poco el hijo con trabajos eventuales, un poco la madre vendiendo comida y el resto el padre, cuando está presente. El hombre, en cualquier caso, ha perdido la tradicional capacidad de ser el sustentador y proveedor central de su familia. Una investigación específica tendría que ver si estos cambios impactan en los roles masculinos y cuál podría ser la relación entre éstos y la violencia contra las mujeres y los menores¹⁴.

En algún momento los hijos pueden marcharse; la economía regional no ofrece garantías: el campo ya no es una alternativa para el futuro y el mar ya no quiere dar más. Los caminos se han poblado de delincuentes, retenes o cazamigrantes; los hombres y las familias se endeudan para poder realizar el sueño americano de cruzar la frontera y ganar remesas. En las regiones, los hombres hablan de la migración como posibilidad, como una acción latente que en cualquier momento se puede ejecutar. Sin embargo, encuentran al tiempo una justificación para no migrar. Dice un campesino: «Yo ya estuviera allá, pero no me he arriesgado mucho...yo tengo un hijo allá, lo llevó el coyote y allá está trabajando.» Existe conciencia de que se toma un gran riesgo de padecer penurias por migrar a los Estados Unidos; una y otra vez se narran casos de hombres jóvenes que murieron en este intento: «a uno de aquí lo mataron, otro enfermó allá y regresó en cenizas». Un agente rural en la Costa (Ejido Las Brisas, Pijijiapan), nos confió que tras su amarga experiencia vital de seis años, que sí le dio remesas suficientes para transformar su casa de palma en una construcción de cemento, casi pierde la vida durante su travesía en el desierto. El agente rural asegura que nunca volvería a migrar a Estados Unidos.

Los hombres piensan en migrar, las mujeres piensan en permanecer. Permanecer dentro de la región, en su terreno, parece una necesidad de las mujeres que asumen la postura de quedarse y sortear las dificultades de la crisis dentro de la región y con los recursos familiares y territoriales disponibles. Las mujeres insisten en pensar que permanecer en la región es la mejor o la única alternativa ante la difícil situación económica.

No negamos que cada vez más las mujeres mismas piensen en migrar y ya lo hagan, de hecho. Cada miembro de la familia espera ansioso su turno para cumplir un reto que depara riesgos, pero también promesas. Esperanzas que se han perdido en el campo mexicano y en las costas pesqueras. Un principio de esperanza que, en las mujeres que se quedan, es el motor de su vida.

¹⁴ En investigaciones previas realizadas encontramos que una mayor agencia femenina expresada en la generación propia de recursos económicos destinados al sustento familiar, o bien en una mayor participación social y política ha derivado en violencias por parte del hombre y no pocas de la comunidad misma.

7. LA AGENCIA FEMENINA EN CONDICIONES DE MARGINACIÓN

La economía del cuidado, que pocas veces se incorpora al análisis de la economía clásica y patriarcal, es, ciertamente, muy importante en el sentido de que de ella depende, al menos una parte considerable, la reproducción de la vida humana. Y es fundamental, asimismo, porque el sector mercantil descansa o se apoya en otros sectores y actividades que no tienen lugar en el mercado ni en el mundo público. Así, la economía es aquello que reproduce la vida, y no sólo el espacio de la producción. Dentro del ámbito de la economía del cuidado, que es más amplio, se encuentra un tipo de trabajo (entendido el trabajo como la actividad diaria necesaria para reproducir las condiciones reales de existencia de un grupo o individuo), que es el trabajo de hogar. Entendemos hogar en su acepción más amplia como cocina, fogón, fuego, símbolos que a su vez se asocian con alimento, cobijo, aliento y calor; lo figuramos de modo parecido a los antiguos griegos, quienes concebían de modo amplio la casa.

El trabajo del hogar implica las actividades cotidianas que realiza una persona para lograr la reproducción de las condiciones necesarias en las que los miembros de su familia o grupo filial sobreviven dentro de un espacio doméstico. Este trabajo, como sabemos, no es concebido en términos de empleo ni de trabajo, sino como una actividad exclusiva y natural de las responsabilidades de las mujeres.

La *economía de cuidado*, dentro del ámbito doméstico, es un asunto exclusivamente femenino; la reproducción de la vida familiar desde el hogar mismo requiere de una inversión de tiempo en calidad y cantidad. A mayor dedicación al trabajo doméstico, menor posibilidad de realizar trabajos remunerados o empleos.

Hay un círculo vicioso creado por la crisis agrícola y la crisis pesquera en el que caen algunas mujeres, y es que su capacidad de auto reproducción disminuye y se ven precisadas a emplearse y vender su fuerza de trabajo para obtener dinero con el cual adquirir mercancías. Luego se hacen indispensables las mercancías y necesario el dinero, lo que vuelve imposible dedicarse de lleno a las actividades agrícolas, y aun a las domésticas. La doble o triple carga cae invariablemente sobre las mujeres, que deben permanecer en el espacio doméstico y regional para sortear la crisis y quedan atadas a esta condición subordinada de la que difícilmente pueden escapar. Además, el trabajo del hogar no ha encontrado valoración en este espacio, lo que lo vuelve tedioso y pesado para las mujeres que no pueden de esta manera encontrar satisfacción en *su labor* tan importante. El trabajo de las mujeres es indispensable, pero no es percibido como tal en el esquema de los valores dominantes.

Las *madresposas* intentan mantener a los hijos cerca para cuidarlos mejor ante la carestía y la creciente violencia social que asola al país, aunque estén casados y con hijos, las abuelas continúan con la responsabilidad del cuidado de las nuevas generaciones. Confían en las posibilidades de la tierra y el trabajo doméstico.



BIBLIOGRAFÍA

- CAMACHO VELÁSQUEZ, Dolores, *La lucha sigue y sigue: organización popular en la Frailesca*. México: UNAM-PROIMMSE, 2008.
- CARRASCO, Cristina, «Economía del cuidado». *Revista Economía Crítica*, vol. 5 (2006). Presentación.
- CASTRO APREZA, Inés, *Región Costa: Las mujeres y la Costa: el mar ya no quiere dar más. Mujeres marginales de Chiapas: situación, condición y participación*. México: CESMECA-UNICACH-Conacyt, 2011.
- , Karla SOMOSA y Gustavo VÁZQUEZ, *Región Centro: Diversidad femenina en la marginación. Mujeres marginales de Chiapas: situación, condición y participación*. México: CESMECA-UNICACH-Conacyt, 2013. Consejo Nacional de Población, www.conapo.gob.mx
- GOBIERNO DEL ESTADO DE CHIAPAS, *Desarrollo social en cifras*. Tuxtla Gutiérrez: Secretaría de Desarrollo Social, 2003.
- GARZA CALIGARIS, Anna María y Sonia TOLEDO, «Mujeres, agrarismo y militancia. Chiapas en la década de los ochenta», en Maya Lorena Pérez Ruiz, *Tejiendo historias. Tierra, género y poder en Chiapas*, Col. Científica, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004.
- HARVEY, Neil, *La rebelión de Chiapas. La lucha por la tierra y la democracia*. México: Era, 2000.
- LAGARDE, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres*. México: UNAM, 1990.
- LAMAS, Marta, *Cuerpo, sexo y política*. México: Editorial Océano, 2014.
- LOMNITZ, Larissa, *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI, 1975.
- LÓPEZ ARÉVALO, Jorge y Bruno SOVILLA, «Crisis del maíz y flujos migratorios en la región Frailesca de Chiapas», manuscrito, 2008.
- MANRIQUE MORTEO, G. y M.J. CARRERA FERNÁNDEZ, «Un análisis sobre la relación empírica entre la participación ciudadana y la marginación social en Los Predios Las Bajadas, Veracruz». *Revista de la Universidad Cristóbal Colón*, vol. 20, www.eumed.net/rev/rucc/20/.
- MOHANTY, Chandra Talpade, «De vuelta a 'Bajo los de Occidente': la solidaridad feminista a través de las luchas anticapitalistas», en Paulette Dieterlen (ed.), *La pobreza: un estudio filosófico*, Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM, Fondo de Cultura Económica, México, 2008 (2003).
- , «Bajo los ojos de Occidente: academia feminista y discursos coloniales», en Liliana Suárez Naváez y Rosalva Aída Hernández (eds.), *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*, Madrid: Cátedra, Universitat de Valencia- Instituto de la Mujer, 2008 (1984).
- MOLINARI MEDINA, Claudia, *Región Frailesca: hay maíz, hay frijol, pero dinero no hay...Mujeres marginales de Chiapas: Situación, Condición y Participación*. México: CONACYT CESMECA, 2012.
- PÉREZ OROZCO, Amaia, «Amenaza tormenta, la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico». *Revista Economía Crítica*, vol. 5 (2006).
- RENARD, María Cristina, *Los llanos en llamas: San Bartolomé, Chiapas*. México: Universidad de Chapingo, 1998.
- TINOCO, Rolando y Liliana BELLATO (coords.), *Representaciones sociales de la pobreza en Chiapas*. Tuxtla Gutiérrez: Secretaría de Desarrollo Social y El Colegio de la Frontera Sur, 2006.
- VIQUEIRA, Juan Pedro, «La comunidad indígena en México en los estudios antropológicos e históricos», en Juan Pedro Viquería, *Encrucijadas chiapanecas*, México: Tusquets Editores-Colegio de México, 2002.

